

## JARDÍN DE NIÑOS

Interno: 5555

*“Una carta que te escribo  
con tal de no volverme loco,  
aunque no te la daré  
hasta que salga libre”*

Soy nuevo en este módulo.

Mis ojos se abren a una nueva y escalofriante sucursal del infierno. Purgatorio, diría el maestro Fong, alegando que tarde o temprano concluirá el castigo. Pero... ¿Cuándo? No sé. Mis ojos no ven como tú ves. Yo lo veo todo desde dentro. Veo la substancia. Lo que realmente es, detrás de la mascarada de bellos jardines, de pastos bien cuidados y la excesiva pulcritud de los edificios blancos. Hay tres tronos invisibles que nos subyugan, nos atormenta y nos aplastan, por tanto, nos domestican: el miedo, el hambre y el dolor; y estos tres se sujetan, a su vez, a una diva tortuosa: La Desesperanza.

Esta mañana, tras el ritual ineludible de acarrear agua para la subsistencia diaria, bañarme y tras un frugal desayuno, a saber, algo horrible con agua, y escaso que podría ser menudo, pero no lo es, hago también la inevitable fila para marcarte por teléfono. Son menos de 30 casetas para dar abasto a ocho mil internos que, por cierto, ahora somos PPL, es decir, personas privadas de su libertad; como si decirnos personas nos devolviera la dignidad que nos quitan al someternos a tan denigrantes situación. No me refiero al probable justo castigo que merecemos al estar aquí por transgredir la ley, pero a la condición zombificante de no ser, de no tener, de no

## KINDERGARTEN

Inmate: 5555

*“I’m writing this letter to you  
so I won’t go crazy,  
though I won’t give it to you  
until I’m free”*

I’m new to this module.

My eyes have been opened to a new and chilling branch of hell. *Purgatory*, Master Fong would say, as he claims that sooner or later the punishment will end. But... when? I don’t know. My eyes don’t see the way you see. I see everything from the inside. I see the substance. What it really is, behind the masquerade of beautiful gardens, of manicured lawns and the excessive prettiness of white buildings. There are three invisible thrones that subjugate us, torment us and crush us, and thereby keep us tame: *fear*, *hunger* and *pain*; and these three are all, in their turn, subject to the same devious diva: Lady Despair.

This morning, after the unavoidable ritual of carrying water for my daily needs, after bathing and after a frugal breakfast, that is, something watery and horrible, supposed to be soup but it sure wasn’t, I join the inevitable line to call you on the phone. There are less than 30 booths to accommodate eight thousand inmates who, by the way, are now PPL, that is, *Personas Privadas de su Libertad*; as if calling us persons would give us back the dignity they’ve taken away from us by subjecting us to such a degrading situation. I’m not referring to the (probably) just punishment we (may) deserve, to being here for breaking the law, but to the zombifying condition of *not being*, of *not*

poder. En fin, no diré más, solo necesito oír tu voz.

Aún no amanece del todo y ya los PPL van de un lado a otro, dispersos, hiperactivos y estresados, como cuando alguien pisotea con violencia el centro mismo de la actividad de una colonia de hormigas y estas enloquecen y corren en todos los sentidos, sin sentido. ¿Quién ha pisoteado nuestro maldito hormiguero?

La diva espantosa, claro.

Así se vive aquí.

Siempre estresados, buscando algo, lo que sea, que genere una pequeña dosis de confort, un shot de bienestar o cualquier cosa que te alcance con los tres pesos que traes en la bolsa trasera del pantalón.

Poco a poco la distancia entre el teléfono y yo se va acortando, mientras tanto, observo el rodar de los engranajes de este infierno colectivo, en mi mente inquieta, saco una radiografía del Hades y me pregunto: ¿Quién diablos diseñó algo tan siniestro?

De pronto, un hombre alto y corpulento que estaba hablando por teléfono, grita desgarradoramente, como preso de un dolor y una furia brutales y subsecuentes, al tiempo que azota con violencia el teléfono y pateo la caseta, haciendo saltar pedazos de plástico y de su propio corazón. Un par de PPL se acercan a él para tratar de controlarlo, pues no deja de gritar y patear todo y a todos. Apenas intentan tocarlo, él los derriba con potentes puñetazos. Los PPL de la fila nos apartamos un poco.

El hombre está hecho una furia.

Su rostro está enrojecido por la ira y el dolor de algo que no entiendo, pero supongo terrible. Algo que le dijeron desde el otro

*having, of not being able to.* Anyway, I won't say anymore, I just need to hear your voice.

It's not even dawn yet and already the PPL are running around, scattered, hyperactive and stressed out, like when someone stomps on the middle of an ant colony and the ants go crazy and run all over the place, senselessly. So who has trampled our damn anthill?

The dreadful diva, who else.

That's what's life is like here.

You're always stressed, you're always looking for something, anything, that might give you a quick dose of comfort, a shot of well-being or whatever you can get with the three pesos you have in the back pocket of your pants.

Little by little the distance between me and the phone is getting shorter, and while I wait, I'm observing the gears of this collective hell; in my restless mind, I'm taking an x-ray of Hades and asking myself: What kind of devil designed something so sinister?

Then a tall heavysset man who was talking on the phone suddenly lets out a gut-wrenching scream, and like a prisoner of his own pain and rage, he violently whips the phone and kicks the booth, blowing up pieces of plastic, trying to smash his own heart. A couple of PPL come closer and try to control him, as he keeps screaming and kicking at everything and everyone. As soon as they try to touch him, he knocks them down with powerful punches.

The PPLs in the line step back.

The man is furious.

His face is flushed with anger and pain from something I don't have a clue about, but I suppose it's terrible. Something someone told him

lado de la línea.

De sus ojos demenciales mana un llanto pródigo, como el caer de una cascada en un amanecer tormentoso. Y de su garganta un rugir, como el del león herido, acorralado.

Otros llegan, muchos otros, para dominarlo. Él se defiende, rompe dientes y una que otra costilla se escucha crujir al astillarse. Su brutalidad es heroica, pero al final es dominado y cae sometido por la bestialidad de una numerosa multitud. Oigo los aullidos desgarradores del hombre caído. Ya estaba roto antes de estrellar el teléfono. Los golpes que lo derribaron fueron más un alivio, una piadosa anestesia para apaciguar su alma. Lo que queda de ésta.

A mi alrededor hay una algarabía diabólica que se extiende sobre una alfombra rígida de silencio sepulcral, el silencio de los que se horrorizan al ver correr la sangre derramada. Veo la maldad destellando con odio en los ojos de los que lo golpean, así como en muchos de los que contemplan, más de cerca el espectáculo. Hay diversas reacciones entre los demás espectadores. Unos aprietan los dientes y los puños, con rabia impotente, en silencio; otros, espantados, tiemblan pensando que pudieron o podrían ser ellos en otra ocasión; veo a uno enjugar una lágrima furtiva, y sobre el muro de piedra que nos circunda, un ave negra que nos contempla con altivez, como si aquel ritual de sangre fuese una ofrenda de horror en honor a ella.

Los golpes no cesan.

El hombre caído ya no se escucha, no se mueve; con todo, no dejan de golpear y los crueles espectadores ríen de contento y piden más. Súbitamente, el ave negra grazna del modo más espeluznante que te puedas imaginar. Todos se detienen, paralizados por un espanto

from the other end of the line.

From his insane eyes flow copious tears, spraying like a waterfall in a stormy dawn. And from his throat comes a roar, like that of a wounded lion, cornered.

Others step forward, lots of others, trying to subdue him. He fights back, breaks some teeth—and a rib or two is heard cracking as it splinters. His brutality is heroic, but in the end, he gets overpowered and falls, subdued by the bestiality of the large crowd. I still hear the piercing howls of the fallen man. He was already broken before he crashed the phone. The blows that knocked him down were more of a relief, a pious anesthesia to soothe his soul. What's left of it.

All around me there's a diabolical uproar spreading out over a flat sepulchral silence, the silence of those who are horrified at the sight of spilled blood. I see the evil sparks of hatred in the eyes of those who are striking the man, as well as in many of those who are just watching, up close, like it's entertainment. There's a variety of reactions among the other spectators. Some clench their teeth and fists in silent impotent rage; others tremble with fright, thinking that the same thing could easily happen to them, if not today maybe next time; I see one wipe away a furtive tear. And on the stone wall that surrounds us, there's a black bird that watches us all with a superior attitude, contemplating the ritual of blood as if its horror were being offered up to her, as a gift of honor.

The blows do not stop.

The fallen man can no longer be heard, he's not moving; but they don't stop hitting him and the cruel spectators laugh with glee, begging for more. Suddenly, the black bird squawks in the most horrifying way you can imagine. Everyone stops, paralyzed by an icy terror they don't

helado que no comprenden, pero que les estremece con violencia sus espinas dorsales. El hombre caído ha muerto. El ave negra se va, llevándose consigo, el alma de aquel infeliz a un infierno mejor. Todos se dispersan. La fila se disuelve y los teléfonos quedan desiertos. Solo yo permanezco inmóvil, sin dejar de pensar que tengo que llamarte. Tengo que escucharte. Mientras arrastran el cuerpo, yo marco tu número en el teclado. Aún no los pierdo de vista cuando tú contestas al segundo timbre, como siempre. Me estabas esperando. Escucho tu voz hermosa:

—¿Cómo estás? —me preguntas.

—Todo bien, amor —te digo—, las cosas aquí pintan bien.

—¿En serio?

—Sí, todo bien, como en un jardín de niños.

comprehend, but which shivers violently down their spines. The fallen man is dead. The black bird leaves, taking the soul of that unhappy man along with it, to a better hell. Everyone disperses. The line dissolves and the telephones are deserted. Only I remain motionless, still thinking that I have to call you. I have to hear your voice. As they drag the body away, I tap out your number on the keypad. I'm still watching them, still haven't let them out of my sight, when you answer on the second ring, as always. You were waiting for me.

I hear your beautiful voice:

“How are you?” you ask me.

“Everything's fine, love,” I say. “Things are looking good here.”

“Really?”

“Yeah, it's all fine, just like kindergarten.”